

Ricardo Silva-Santisteban

Escrito en el agua

Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2004; Tomo I, 500 pp. y Tomo II 597 pp.

La primera edición de *Escrito en el agua*, la colección de obras de crítica literaria del poeta Ricardo Silva-Santisteban se publicó en 1989. En esta segunda edición, que tenemos ante nosotros, se han agregado trabajos escritos en el curso del lapso posterior. Como dice el autor, se trata de publicaciones que no han sido planificadas. Su característica principal es ser escritos espontáneos, que expresan sus preferencias y la frecuencia de algunos autores. Esto último puede verse principalmente en las notas sobre Euren y Vallejo, autores a los que Silva-Santisteban ha dedicado trabajos en diferentes épocas, hasta que se han constituido en sendos libros sobre estos autores. Aparte de lo anterior, los dos volúmenes, que juntos tienen más de mil páginas y abarcan más de un cuarto de siglo, son un testimonio de la ocupación permanente de Silva-Santisteban con la literatura, especialmente la poesía. Si tenemos en cuenta que el autor no sólo es crítico literario sino también poeta y editor de obras literarias, entonces podemos decir, sin temor a equivocarnos, que Silva-Santisteban vive una vida dedicada a la poesía, en concordancia con el segundo

de los textos que le sirven de lema. Una dedicación que, sin embargo, no le ha evitado tener que ocuparse de cosas más prosaicas. Un sino de poeta peruano.

La frase «Escrito en el agua» tiene en Silva-Santisteban doble sentido. Por un lado, según una de las citas que anteceden a su libro, lo que está escrito en el agua es el nombre de alguien. De alguien que probablemente ha realizado un trabajo que pasará al olvido, de alguien que probablemente pasará al olvido él mismo. Por otro lado, al final de su advertencia de 1989, dice el autor que probablemente escribir en el agua sea una de las tareas más desinteresadas del poeta. Escribir en el agua es como arar en el mar, dice el mismo Silva-Santisteban. Y sin embargo, dos líneas más arriba o más abajo, dice también que el agua «ha sido considerada como fuente de vida, símil del alma, el lugar donde habitan los sueños, el símbolo de la maternidad, etc.» (I, 86). Es decir, el agua como origen de la vida. Y si los poetas escriben en el agua, quiere decir que escriben en la vida misma. Así, el hacer poesía no es una profesión como las otras, sino un destino. Silva-Santisteban vive este destino como

poeta, pero también lo reflexiona, allí están sus trabajos como crítico, como traductor, como editor y comentarista. Ciertamente, estos trabajos no son necesariamente un destino, son perecederos, y consecuentemente son escritos en el agua, tienen como destinatarios a quienes sepan bucear; cuando ellos reciben el mensaje se ha cumplido su ciclo comunicativo. Pero salgamos de las honduras de interpretación del agua y de la escritura en el agua, porque corremos peligro de no encontrar fondo en corto tiempo. De todos modos estos trabajos contribuyen a caracterizar al poeta, a redondear su figura, a dejarnos ver su anhelo en la vida. Sobre este punto Silva-Santisteban es muy claro: sus notas han sido escritas por necesidad íntima, incluso cuando mediaba un pedido o compromiso, «su composición ya estaba determinada en la mente del autor» (I, 11).

En *Escrito en el agua* se han reunido cuarenta y nueve textos, que han sido agrupados en siete secciones. Podemos notar que los escritos de Silva-Santisteban correspondientes a los años anteriores a la primera edición de este libro sólo alcanzan un poco más de la mitad de su producción crítica de los años posteriores, es decir de 1989, aunque para decir la verdad, como no tengo a la mano la primera edición, he incluido en esta segunda parte todo lo escrito en 1989 mismo. Las secciones I, II y V están dedicadas a poetas no

peruanos; las secciones III y VI a poetas peruanos; y la sección VII al pintor Max Ernst. Aquí podemos distinguir no sólo la sensibilidad de Silva-Santisteban, sino también sus extensos conocimientos de la literatura peruana y de la no peruana. Aunque diga el autor que sus escritos revelan sólo sus preferencias, no puede dejar de notarse el conocimiento profundo de lo poético que los informa. Esto lo podemos probar con un ejemplo muy pequeño (*La súplica amorosa de Andrew Marvell*, I, 347-352), en el que hace acopio de conocimientos literarios con las comparaciones que establece entre el poema, que él mismo ha traducido, y otros ejemplos de la literatura mundial. Otro ejemplo, en el que igualmente se nota la capacidad interpretadora de Silva-Santisteban es su *Lectura simbólica de un cuento realista* (II, 565-574), donde el «cuento realista» es *Los gallinazos sin plumas* de Julio Ramón Ribeyro, cuento que aparentemente no necesita explicación alguna. Pero estos modos no son únicos; Silva-Santisteban tiene una gama de entradas en la poeticidad de los poetas que comenta. Así, en I, 197, al comentar el poema *Grodek* de G. Trakl (*Georg Trakl: muerte y poesía*), nuestro autor entra directamente al comentario y explicación del texto, pero tanto en *Grodek* como en el poema *A su esquiwa amada* de A. Marvell, el resultado al que llega Silva-Santisteban parece ser el mismo o similar: abraza cariñosamente al poema

y lo levanta para que el lector lo vea mejor, lo contempla en sus diferentes aspectos, algo que Silva-Santisteban dice expresamente en su texto sobre Eguren (II, 9). Pero aquí podría ponerse de nuevo sobre el tapete el eterno tema de si el crítico o comentador es necesario y en caso afirmativo hasta qué punto lo es. Lo que aplicado a Silva-Santisteban llevaría a preguntarse si la obra crítica de Silva-Santisteban es obra necesaria. Creo que esta discusión tiene (y ha tenido) lugar, porque hasta hace muy poco no se ha tomado en consideración que toda lectura es relativa, me explico: que la comprensión de lo leído es relativa no sólo al autor o al texto (cosa que de uno u otro modo siempre se tomó en cuenta), sino también al lector. No por nada dijo Goethe que había leído al *Quijote* en tres ocasiones, en diferentes épocas de su vida, y que en cada una de ellas había entendido y sentido al clásico español de manera diferente, con las consiguientes distintas reacciones de su parte: una vez se rió, otra reflexionó y otra lloró. Con Silva-Santisteban tenemos un comentador exquisito que conduce a los lectores de poesía (me gustaría decir: un guía). Y él siempre ve algún aspecto más que nosotros. Esta experiencia de lector de la crítica de Silva-Santisteban se repite página tras página. El mismo Silva-Santisteban se hace cargo del asunto a la entrada de su trabajo sobre Eguren: «Si bien la

poesía de José María Eguren [...] puede subyugarnos fácilmente por su música y su plasticidad, es también cierto que esta poesía «clara y sencilla», principalmente por aquellos atributos, puede entrañar escollos difíciles de superar que están dados por la extrema sutileza de su ejecución, por su trasfondo simbólico paralelo y su mera apariencia exterior, por su vocabulario riquísimo e insólito, por su apretada condensación semántica, por su sintaxis a menudo torturada. Eguren, como Góngora, Mallarmé o Vallejo, es poeta propicio al comentario y a la elucidación pues, a veces, sólo gracias a ellos es posible alcanzar a penetrar el sentido a menudo latente en sus poemas» (*El universo poético de José María Eguren*, II, 9). Pero como para muestra basta un botón, con lo que acabamos de dar ya hemos sobrepasado la muestra, no sólo sobre el cómo sino también sobre el por qué. Agreguemos solamente que por el procedimiento de imbricar la literatura peruana con la literatura de otras partes del mundo, la primera se inscribe con derecho propio en la literatura mundial. Ya no es literatura peruana y literatura mundial, sino que todo es uno; lo que nosotros vemos y leamos no son más que ejemplos de un solo fenómeno del espíritu humano. Igualmente podríamos decir que en estos textos se nota que la sensibilidad, la preferencia de nuestro autor no es la única que campea, sino también su saber filológico y este,

estructurado, conducido por la sensibilidad. Un significado especial tienen el primer texto (*El filósofo que desentó a los poetas* (I, 15-20)) que es uno de sus primeros escritos y que parece tener un valor -diría yo- programático. También su último texto, *El espacio interior de Max Ernst* (II, 577-585), difiere de los otros porque se refiere a un pintor y no a un escritor, aunque Ernst también incursionó en la poesía. Por la fecha en que fue escrito podemos tener la esperanza de que Silva-Santisteban no sólo comente poesía, sino también pintura. A propósito de esto podemos decir que sólo ahora se está reconociendo todo el valor de Max Ernst en Alemania, al punto de que en la ciudad donde nació (Brühl) se ha hecho un museo dedicado a él. En cierta manera se trata de recuperar a Ernst para Alemania, pues incluso en la enciclopedia alemana más grande, la Brockhaus, se le cita como pintor francés de origen alemán.

A lo largo de los años o de su obra como crítico literario Silva-Santisteban no sólo interpreta o comenta obras poéticas aisladas, en verso o en prosa, como las que hemos citado, sino épocas enteras de la producción o la obra completa de los autores que trata e incluso épocas enteras de la historia literaria, como por ejemplo en *Poesía brasileña colonial* (I, 281-346), de 1985. Al comienzo de este artículo plantea Silva-Santisteban un problema que puede ser

crucial para las literaturas coloniales: la originalidad, una originalidad que con frecuencia se les ha negado por un prejuicio que no puede menos que calificarse de imperialista o de servil, según quienes sean los que lo afirmen o desde la perspectiva desde la que se le mire. Dos años más tarde, en 1987, trata Silva-Santisteban el mismo tema en relación con un poema de Vallejo (*Dos posibles reminiscencias en un poema de Vallejo*; II, 295-301), en un marco mucho menor. Con estos dos artículos, en los que tematiza la imitación, el autor que comentamos está de lleno en la literatura comparada. Sin embargo, las comparaciones de unos poetas con otros son abundantes a lo largo de los dos tomos, entre otras cosas porque asume el fenómeno literario como un fenómeno único con diferentes manifestaciones. Pero es claro que Silva-Santisteban sobrepasa en sus artículos la crítica literaria o la literatura comparada como especialidad para poner en evidencia la relatividad de la valoración de las literaturas coloniales, valoración que más bien revela tener causas sociales, en parte por falta de un instrumental conceptual adecuado. Quede esto señalado aquí.

Para terminar diremos que los escritos de Ricardo Silva-Santisteban son ricos en connotaciones, que sus líneas están preñadas de ideas que nos llevan también a la reflexión histórica y social.
(Julio Arango Perla)